

NECROLÓGICA

TÀPIES, LA MATERIALIDAD POÉTICA

La entrada de Antoni Tàpies (1923-2012) en la práctica del arte la relató el mismo artista en su *Memoria personal* (1977). En un momento trascendental, moribundo, postrado en la cama debido a una dura enfermedad, comenzó un proceso de introspección que le llevó a realizar numerosos autorretratos. Una serie de dibujos, hechos en la primera mitad de los años cuarenta, con un gran detallismo en los ojos y una profunda fijación en la mirada. Con este relato autobiográfico literario y visual, Tàpies no pretendió otra cosa que advertirnos del misticismo mágico y transformador que había otorgado a la mirada. Después de este breve periodo figurativo, alcanzó un lenguaje personal con obras llenas de texturas y materias que combinó con signos de alusiones simbólicas y personales. Se trataba de la presencia del muro, la tapia, que se relaciona con su apellido. De las letras, números y fórmulas matemáticas que remiten al pensamiento pitagórico para explicar el mundo. De la búsqueda de lo místico en lo pequeño y lo cotidiano, como la elección de unas tijeras, de unas alpargatas o de una silla como motivo de sus pinturas. Es un repertorio de símbolos que surgen de una motivación introspectiva, que constituyen una aproximación al misterio de la existencia y que no abandonó nunca.

El proyecto de Tàpies rechazó el positivismo y el racionalismo. Durante toda su vida mantuvo un gran interés por la cultura y la filosofía oriental, así como por otras tradiciones locales, como el misticismo del arquitecto Antoni Gaudí y el más remoto primitivismo del arte románico, con sus propiedades mágicas y comunicativas. Tàpies es el último artista-mago. Entendió que la función del arte era desencadenar un proceso de transformación: “Para mí, una pintura ideal sería aquella que, aplicada a un punto doloroso, llegase a curarlo”. En este sentido, los fragmentos del cuerpo que repitió constantemente en sus pinturas recuerdan el sentido misterioso y sagrado que tienen las cosas. Son comparables a aquellos exvotos que los fieles depositaban en los templos para pedir la superación de una enfermedad, o como muestra de agradecimiento ante una curación.

La contribución de Tàpies a la cultura catalana y española reside en la reinención de la investigación plástica como permanente búsqueda espiritual e intelectual. De sus raíces catalanas heredó el universalismo del alquimista Ramon Llull y el compromiso ético y la radicalidad vanguardista de Joan Miró. Su esfuerzo, que comenzó en las tinieblas de la posguerra, forma parte de una historia coral en la que tuvo otros compañeros de viaje, como Antonio Saura, Manolo Millares o Eduardo Chillida. Tàpies enlazó con el espíritu de vanguardia anterior a la guerra civil, con una línea que se había roto con la pobreza, la censura, la muerte y el exilio de nume-

rosos artistas e intelectuales. En este clima abrupto, fundó en 1948 el grupo *Dau al Set* junto con sus colegas Joan Brossa, Arnau Puig, Modest Cuixart, Joan Ponç y Joan Josep Tarrats. En la década de los cincuenta alcanzó una gran proyección internacional. Un reconocimiento que, hasta hace escasos meses, le había permitido exponer regularmente en Barcelona, Madrid, París, Londres y Nueva York. En los sesenta y setenta acrecentó su compromiso con el antifranquismo y la democracia. En los primeros noventa, su compromiso con la sociedad también se extendió a la creación de la fundación que actualmente lleva su nombre. Un dinámico centro de arte en Barcelona que le permitió dialogar con sus coetáneos y con nuevas generaciones de artistas. En términos simbólicos, la Fundació Tàpies le permitió devolver a la sociedad catalana el impulso y el reconocimiento institucional que había recibido desde los años de la transición. “Es importante llamar la atención del artista para que vuelva a ocuparse de las cosas esenciales del pensamiento y del espíritu humano”, declaró ante la creciente espectacularización de la cultura.

Hizo suya la necesidad de expresarse con la escritura y mostró su desacuerdo con el estereotipo de artista ágrafo. Desde los años setenta, desarrolló una profunda reflexión teórica. Los temas de sus ensayos se dirigieron, principalmente, a la función y a la vigencia del arte, más que al autoanálisis de su propia obra. Publicó varios libros de ensayo: *La pràctica de l'art* (1970), *L'art contra l'estètica* (1974), *Memoria personal: fragment per a una autobiografia* (1977), *La realitat com a art* (1982), *Per un art modern i progressista* (1985), *Valor de l'art* (1993) o *El arte y sus lugares* (1999). Este último, un cuidado libro editado por Siruela en el que, siguiendo la estela del museo imaginario ideado por Malraux, Tàpies intercaló una serie de textos con una colección de imágenes y referencias a su recurrente mundo primitivo y oriental, a ediciones e ilustraciones de libros medievales y a obras de las vanguardias.

El legado de Tàpies es amplio y complejo. No se presta a clasificaciones sencillas. Su itinerario es un proyecto firme y consecuente, aunque lleno de ambigüedades para cualquier pretensión de análisis metódico y taxonómico. Por poner un ejemplo, su pintura desbordó con su materialidad la superficie pictórica del lienzo y sus esculturas y objetos fueron resueltos pictóricamente. En sentido estricto, tampoco fue nunca un pintor abstracto, figurativo o informalista. Bajo esta complejidad, sus obras y sus escritos quedan como un fecundo campo de exploración para comprender, entre otras cosas, buena parte de las relaciones de un creador con un tiempo convulso. Un siglo marcado por guerras industriales, el ascenso de los fascismos, la bomba atómica, la guerra fría y una larga sucesión de genocidios y holocaustos.

Tuve la oportunidad de conocerle en una presentación en la Galerie Lelong de París. Poco después le visité en su estudio de Campins. Le recuerdo sentado en una silla manchada de pintura, con una chaqueta de lana, sosegado, concentrado en cada explicación, tratando de controlar el pulso de unas manos temblorosas. El Tàpies que, a la vez que introspectivo, había permanecido abierto a su tiempo, se iba debilitando, encerrándose en sí mismo. Los últimos meses los pasó dibujando. Tàpies dedicaba los veranos a pintar y los inviernos a dibujar, pensar y escribir. El pasado verano se acercó a un gran lienzo en blanco sobre el suelo. Con un pedazo de carbón trazó el grafismo de unos párpados y unos ojos de mirada profunda y transformadora. Los bordeó con dos cruces negras. Dejó caer encima una gran mancha de pintura espesa y permaneció un tiempo contemplando el lienzo en silencio. Después, dejó caer el trozo de carbón sobre el suelo y nunca más volvió a su estudio.

JOAN ROBLEDO PALOP
Instituto de Historia, CCHS, CSIC